

y sube, no como vara, sino como varica pequeña y humilde en sus ojos, pero olorosisima y graciosísima en los de Dios, en los cuales siempre va creciendo y subiendo con la mirra de la mortificación y el incienso de la oración, y con el ejercicio continuo de todas las virtudes? ¡Oh Virgen benditísima, que, subiendo por la misteriosa escala de Jacob, os vais aproximando al Señor, que está en su cumbre, hasta uniros con Él por amor! Enseñadme á seguiros en este camino, gastando parte de mis días en los ejercicios santos, que son como las gradas de esta escalera, hasta que pueda ver á mi Dios y á Vos en la gloria. ¿Deseamos nosotros de veras estas gracias? ¿Cómo las hemos de alcanzar?

**Punto 3.º Trabajo manual de María.**—Considera cómo María, en bajando esta mística y deliciosa escalera, se ejercitaba en obras de manos para servicio del templo y en provecho de sus compañeras. Sabía muy bien que el Señor impuso al hombre, después del pecado, la ley del trabajo, mandándole que buscara el pan con el sudor de su rostro<sup>1</sup>, y que, por el mismo trabajo, los hombres se han de defender de la ociosidad y han de prevenir las tentaciones y asaltos del enemigo, y que quien no trabaja no tiene derecho á comer, según dice el Apóstol<sup>2</sup>. Y, como en todo debía Ella ser modelo, según los designios del Señor, por esto la inspiraba grande asiduidad á las mismas obras de manos. Mas pondera, en particular, el modo edificante que guardaría esta Virgen en estos ejercicios exteriores. Porque, como dice san Ambrosio, Ella era sumamente aplicada á las obras que hacía, poniendo todo su cuidado en hacerlas con la mayor perfección que podía: no se derramaba en conversaciones inútiles que la distrajesen de su intento, y buscaba siempre el agradar, no á los hombres, sino á Dios, á quien tenía en su memoria, y era dueño de todos sus pensamientos; por fin, con sus obras exteriores mezclaba siempre la oración, por lo cual de Ella se dice en los Cantares<sup>3</sup> que sus vestiduras solían á incienso. ¡Oh Virgen Soberana, vara que nacisteis de la raíz de Jesé y subisteis á vuestro Amado como varica y pebete muy oloroso! Alcanzadme que sea yo también pequeño en la humildad, y que, habiendo subido con Vos por la escalera de la oración, baje igualmente á ejercitar las obras de mortificación para conmigo y de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes, y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos. Y tú, alma piadosa, ¿deseas imitar á tu Madre? ¿Cómo te ejercitas en las obras exteriores? ¿Guardas en ellas la atención, el recogimiento é intención que María?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué modelo tan perfecto y acabado para el religioso y para todas las almas piadosas en general es María, durante su permanencia en el templo! Como la luz del

<sup>1</sup> Gen., III, 19. — <sup>2</sup> II Thes., III, 10. — <sup>3</sup> Cant., IV, 11.

sol va creciendo paulatinamente, y su calor va aumentando hasta llegar al perfecto día, así María crece, sube y se perfecciona. Sus obras son todas llenas con toda plenitud; cada una es un nuevo mérito y una nueva perla añadida á su corona; en cada una de ellas, ni la intención puede ser más recta, ni la perfección más acabada, ni la discreción más perfecta, ni las virtudes que la acompañan más escogidas. Y ¿qué podrá decirse de la oración y demás ejercicios espirituales de esta benditísima Niña? Ella no dejaba de subir la mística escalera de Jacob, ejercitándose de continuo en la lección, meditación, oración y contemplación, que son los escalones de ella. Los ángeles la contemplan admirados, Dios la ve gozoso, y los hombres que la miran quedan edificados de su santidad. ¡Oh, si tú imitases á esta diligente Virgen, creciendo en virtud, ocupándote en los ejercicios santos y no descuidando las obras exteriores á que estás obligado! Da una mirada á toda la conducta que observas, y confúndete de hallarte tan distante de tu dulce Madre; pero mira al propio tiempo qué debes corregir, enmendar, mejorar y perfeccionar. Forma propósitos eficaces y prácticos. Pide la gracia que necesites para su cumplimiento, y ruega fervorosamente para ti y para los demás.

#### 7.ª MARÍA CONSAGRA SU VIRGINIDAD Á DIOS.

PRELUDIO 1.º María en el templo consagró á Dios su virginidad.

PRELUDIO 2.º Representate á María ofreciendo á Dios su purísimo Corazón.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar en lo posible la pureza de la Virgen.

**Punto 1.º María fué la primera mujer que hizo este voto.**—Considera cómo, morando la Virgen Santísima en el templo, según piadosamente se cree, hizo una ofrenda á Dios nuestro Señor muy nueva, pero muy agradable, que fué el voto de perpetua virginidad, ofreciéndole por especial inspiración del Espíritu Santo<sup>1</sup> y con extraordinaria devoción. Reflexiona cómo María no se movió á hacer este obsequio al Señor por imitar á otras ilustres santas que antes que Ella se hubiesen ligado con Él; era éste un sacrificio completamente ignorado y desconocido por las mujeres de la antigua ley, que consideraban como una infamia el carecer de hijos á quienes pudiese haber alguna parte entre los ascendientes del Mesías. La grandeza del amor que profesaba á Dios fué lo único que la movió á desear entregarle todo su Corazón y tomarle por esposo, ocupándose totalmente en pensar en Él y en darle gusto, sin dividirse en otras cosas, como se dividen las casadas, según dice san Pablo<sup>2</sup>. No ignoraba María que, aunque la virginidad es siempre una flor hermosísima

<sup>1</sup> S. Thom. — <sup>2</sup> I Cor., VII, 34.



que roba el corazón de Dios, sin embargo, es más preciosa y excelente cuando se ofrece con voto de guardarla perpetuamente, ya porque supone más vivo y ardiente amor de Dios, ya porque exige mayor dominio y poder sobre las propias pasiones, ya también porque con el voto se entregan á Dios, no sólo los frutos de nuestro corazón, que son los actos virtuosos, sino el mismo árbol que los produce, que es el mismo corazón. Por esto, no se contentó con sólo tener el propósito de guardarla, sino hizo voto particular de ello, porque siempre quiso hacer lo mejor, lo más firme y seguro, y lo que glorifica más á Dios nuestro Señor. Con lo cual te enseña la generosidad que debes tener con este Señor, de quien dijo David<sup>1</sup> que es santo con el santo, inocente con el inocente, y severo con el perverso, acordándote de que el Apóstol san Pablo<sup>2</sup> ha dicho que el hombre encontrará en el otro mundo aquello que en este hubiere sembrado. Pues ¿qué exige esto de nosotros? ¿En qué cosa quiere el Señor que le mostremos nuestra generosidad? ¡Oh Virgen Santísima! ¿Quién os enseñó á ser tan generosa con Dios, ofreciéndos en hostia viva, santa é inmaculada? No aprendisteis de las ilustres matronas que os precedieron este glorioso ejemplo. El Espíritu Santo, vuestro esposo, y no otro, fué vuestro maestro. Pedidle, Señora, que me dé su gracia para que ofrezca siempre á Dios lo mejor y más perfecto, gloriándome de imitaros á Vos que sois mi Madre.

**Punto 2.º** Dios aceptó y se complació en la ofrenda de María.—Considera cuánto se agradó la Majestad de Dios en esta ofrenda que le hizo esta su Hija predilecta. Entonces se cumplió lo que dijo de Ella su Esposo<sup>3</sup>: «Huerto cerrado eres, hermana mía; huerto cerrado y fuente sellada». Llámala dos veces huerto cerrado, porque tuvo perfectísima castidad en el alma y en el cuerpo, confirmándola con voto perpetuo, el cual servía de cerradura para su mayor seguridad, añadiendo por guardas todas las virtudes que ayudan para conservarla. Llámala huerto, para que se entendiese que su virginidad no era estéril, sino acompañada con muchas flores y de virtudes con excelentes frutos de buenas obras; unas que hermozeaban el alma, otras que adornaban el cuerpo, de modo que era, como dice san Pablo<sup>4</sup>, santa en el cuerpo y en el alma. Pondera cómo Dios nuestro Señor, á manera de cuidadoso hortelano de este huerto y dueño absoluto de esta fuente, se recrearía con la vista y olor de las flores de sus virtudes: comería de los dulces frutos de sus buenas obras: se gozaría de haberle tan bien cerrado con el voto, gustando mucho de la cerradura y de los guardas que tenía; y así le regaría con grande abundancia de consolaciones y dones celestiales; y querría que esta fuente fuese un manantial de aguas vivas que

<sup>1</sup> Psalm. xvii, 26. — <sup>2</sup> Galat., vi, 8. — <sup>3</sup> Cant., iv, 12. — <sup>4</sup> Cor., vii, 34.

saltasen hasta la vida eterna, cerrado con su divina protección. ¡Oh Cordero purísimo, que os apacentáis entre las azucenas candorosas de las vírgenes, y en el cielo queréis ser acompañado de ellas<sup>5</sup>, cantando con ellas un cantar nuevo! Gózome que en esta Virgen admirable encontréis todas vuestras delicias, y que gustéis de estar sentado en medio de su Corazón como soberano dueño. Purificad también mi espíritu, limpiadlo de todo amor terreno, y adornad de tal modo mi pobre corazón, que gustéis morar en él y no os separéis de él por todos los siglos. Mira, alma mía, en quién se complace el Dios de la pureza. ¿Qué debes hacer para que se complazca en ti?

**Punto 3.º** Modo cómo la Virgen guardó su virginidad.—Considera en este punto cómo la Virgen, aunque nunca se vió atacada por los enemigos interiores y exteriores que suelen combatir esta hermosa virtud con intento de robársela, porque su celestial Esposo la había rodeado de un modo especial con su eficaz protección; sin embargo, cuanto estuvo de su parte, practicó todos los medios necesarios para conservarla y apartó de sí todas aquellas cosas que podían ponerla en peligro. Pondera las virtudes que le sirvieron de guardas fieles y poderosas para su intento. Sabiendo que la soberbia suele ser castigada por Dios, permitiendo vergonzosas caídas y perdiendo lo que se había conservado á costa de muchos trabajos, se acogió al refugio seguro de la humildad, compañera inseparable y defensa valerosa de la castidad. Para que la muerte del alma no penetrara por las ventanas de sus sentidos, los tuvo constantemente vigilados y sujetos por medio de la modestia. La abstinencia y mortificación fueron la sal que hubiera bastado para conservar su Corazón, si el Señor no hubiera tomado esto por su cuenta; y el silencio y recogimiento profundo libraba á su alma de distraerse en objetos diversos de aquel que formaba todas sus delicias. Aprende de María á practicar los medios necesarios para conservar la castidad. Admira, finalmente, la fe y confianza de María, creyendo firmemente que su virginidad no peligraría, contrayendo matrimonio con san José, por someterse enteramente al precepto del Señor, manifestado por medio de sus ministros, los sacerdotes del templo. Ella sabía muy bien que para aquel Señor, á cuya ordenación se sometía, es muy fácil juntar virginidad con desposorios, contemplación con ocupación, y la hermosura de Raquel con la fecundidad de Lía, sin que la una reciba daño de la otra. ¡Oh alma mía! Arroja en Dios todos tus cuidados, y Él te alimentará. Pon en Él toda tu confianza, que no dejará al justo que viva en perpetua fluctuación y duda. Pero mira que tienes enemigos fuertes contra los que debes pelear. ¡Ay de ti, si no imitas á la Virgen, armándote contra ellos con

<sup>5</sup> Cant., ii, 16. — <sup>2</sup> Apoc., xiv, 4.



poderosas virtudes! ¿Cómo lo has hecho hasta hoy? ¿Qué harás para lo sucesivo?

**Epílogo y coloquios.** ¡Con cuánta razón la santa Iglesia llama á María *Virgen veneranda!* Sí, venerable fué, no sólo por la perfección de su virginidad y por el precioso aroma de virtud que despedía, sino porque Ella, antes que ninguna otra, la consagró á Dios con voto perpetuo, sabiendo que era más meritoria y laudable la virtud que se asegura y confirma con voto, que la que se ofrece sin él. Así trazó esta Maestra soberana el camino que habían de seguir innumerables almas santas que irían en pos de Ella, atraídas del suave perfume de sus delicadas virtudes. ¿Eres tú alguna de estas almas afortunadas que se han consagrado al Señor con igual promesa? ¡Oh, cuánto se agrada en ti Dios en aquel felicísimo día en que abriste los labios para pronunciar tan regalada palabra! Sin duda te miraría con complacencia, como miraba á María en el retiro del templo después que le entregó todo su corazón. Mas, ¿qué has hecho para guardar fidelidad á tu solemne promesa? ¿Has imitado á la Virgen Santísima, poniendo á tu alma guardas tan prudentes y valerosas como las virtudes de la humildad, modestia, silencio y recogimiento? Quizá, si penetras en lo más recóndito de tu corazón, si examinas todos tus pensamientos, deseos, miradas y acciones, te llenarás de rubor, por no haber tenido el recato y vigilancia que debías. Confúndete, imita á tu Madre: y para esto, mira qué propósitos debes hacer. Pide gracia para su cumplimiento, y ruega por las demás necesidades generales y particulares, por las que debes interesarte.

#### 8.<sup>a</sup>—EMBAJADA DE SAN GABRIEL Á MARÍA.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> Fué enviado por Dios el arcángel san Gabriel á María Santísima.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Representate al Arcángel saludando á esta Señora.

PRELUDIO 3.<sup>o</sup> Pide la gracia de escuchar y ejecutar fielmente los mandatos del Señor.

**Punto 1.<sup>o</sup> Quién envía la embajada.**—En este punto has de considerar cómo la Santísima Trinidad, estando en el trono de su gloria, queriendo dar noticia del misterio de la Encarnación á la que había de ser Madre del Verbo encarnado, determinó enviarla una embajada muy gloriosa para que lo aceptase. Oye cómo la cuenta el sagrado Evangelista <sup>1</sup>: «Fué enviado de Dios un ángel que se llamaba Gabriel, á una ciudad de Galilea que se decía Nazareth, á una virgen desposada con un varón por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María». Pondera cómo el que envía la embajada es Dios omnipotente y misericordioso, el cual, sin tener necesidad alguna de sus cria-

<sup>1</sup> Luc., 1, 26.

turas, puesto que Él se basta á sí mismo, no sólo para su bienaventuranza, sino también para todo cuanto quiera ejecutar; sólo por ser bueno y para hacer bien á los hombres, gusta de comunicar con ellos y enviarles recados y embajadas. Admira aquí la benignidad y bondad de Dios, que se digna abajarse tanto, que no se desdeña de hablar con sus criaturas, descubrirles sus pensamientos secretos, manifestarles sus deseos y darles participación en las obras misericordiosas que ejecuta en bien de ellas. ¡Oh qué Rey tan amoroso y benigno, que á todos sus vasallos da audiencia y á cada uno hace oír su dulcísima voz! También tú has recibido repetidas veces las inspiraciones del Señor, y tal vez no has querido oír su voz ni hacer caso de ellas. Reflexiona que, aunque muchas veces el Señor manifiesta por sí mismo su voluntad, suele servirse frecuentemente para esto, como de criados, de criaturas tan nobles como son los ángeles, los cuales, como dice san Pablo <sup>1</sup>, son ministros de Dios para bien de los que han de recibir la herencia de la eterna salud; y su continuo ministerio es andar por la escalera que vió Jacob <sup>2</sup>, bajando recados de Dios para los hombres, y subiendo recados y peticiones de los hombres á Dios. ¡Oh Dios de inmensa majestad <sup>3</sup>! ¿Qué habéis visto en el hombre, vil gusanillo de la tierra, para que con tal amor le visitéis? ¿No sabéis acaso su ingratitude tan monstruosa, que oye voluntario la voz y las sollicitaciones del enemigo que le odia y quiere perderle, y no hace caso de las inspiraciones de Vos, Padre amante, que queréis salvarle? ¿Por qué le enviáis vuestros ángeles á visitarle? Alábenos, Señor, esos mismos ángeles, por el amor tan tierno que tenéis á los hombres. Y tú, alma devota, ¿has oído la voz de Dios? ¿Has resistido á su inspiración? ¿Qué exige de ti?

**Punto 2.<sup>o</sup> El embajador es el arcángel san Gabriel.**—Considera quién es el arcángel escogido por Dios para llevar á cabo esta embajada, y los motivos por el cual le elige y no á otro, porque sin duda encierra grande misterio. El designado es un arcángel tan excelente que tiene por nombre Gabriel, que quiere decir fortaleza de Dios, puesto que este atributo divino resplandece admirablemente en esta obra de la Encarnación. Brilla la fortaleza en el Dios que le envía, y que se ha de encarnar, puesto que ha de juntar en una sola persona cosas tan opuestas como Dios y hombre, lo infinito y lo finito, lo eterno y lo temporal. Resplandece la fortaleza en las obras que ha de hacer el Verbo encarnado, puesto que ha de vencer al fuerte armado que tiene bajo su imperio á todo el mundo, y que sólo puede ser destronado por otro más fuerte que él, como dijo el mismo Salvador; El ha de combatir contra todos los vicios y pasiones que señorean á la humanidad; El tendrá por enemigos á todos los hijos de

<sup>1</sup> Hebr., 1, 14. — <sup>2</sup> Gen., xxviii, 12. — <sup>3</sup> Psalm. viii, 5.



Adán pecador, que siguen las huellas de su padre, y á todos ha de vencer y de aniquilar, y sobre sus ruinas establecer su imperio. ¡Qué fortaleza tan soberana se necesita para realizar tales obras! Esta misma virtud es necesaria á los ministros que ha de tomar, y de quienes ha de valerse para ejecutar tales obras, y á ti por consiguiente, si has tenido la dicha de participar de este ministerio. Y aunque de tu cosecha seas caña frágil y movediza, en virtud de Dios, serás fuerte<sup>1</sup> y poderoso para cumplir todo cuanto te mande, si imitas á este santo Arcángel, el cual ponía toda su gloria en hacer la voluntad de su Señor, ejecutando con igual prontitud y alegría cualquier ministerio, ya honroso y levantado como éste, ya humilde. ¡Oh soberano Arcángel! Alcánzame de vuestro Dios esta excelente gracia, que en todas mis obras no tenga otro gusto ni placer que cumplir en ellas su voluntad santísima. Ésta sea mi comida invisible; éste sea el principio de mi fortaleza, ésta la causa de mi constancia, para que, cumpliéndola en el mundo, reciba el premio en el cielo. ¿Buscamos nosotros en las obras la voluntad de Dios? ¿Tenemos acaso otra norma y regla de conducta? ¿Pretendemos hallar contento, prescindiendo de ella?

**Punto 3.º** *La embajada viene á María.*—Considera á quién viene la embajada, que es á una doncella pobre, olvidada del mundo, desposada con un pobre oficial, que vivía en una ciudadilla tan apocada, que apenas se podía creer que saliese de ella cosa buena<sup>2</sup>; pero esta doncellita, aunque es desconocida é ignorada de los hombres, como santísima y purísima es muy estimada de Dios, y por esto es preferida á todas las hijas de los reyes y emperadores del mundo; porque en los ojos de Dios no hay otra grandeza que la santidad. Del mismo modo has de juzgar tú las personas, teniendo únicamente por grandes á los que aspiran á distinguirse en la humildad y santidad, estimando solamente lo que Dios estima, y juzgando por grande y digno de aprecio aquello que Dios tiene por tal. Pondera cuál es el intento de esta embajada, que no es otro que pedir consentimiento á esta Virgen para ser Madre de Dios, porque este Señor es de tan noble condición, que, con ser Señor absoluto, no quiere servirse de sus criaturas en cosas tan graves sin el consentimiento libre de ellas. Y, aunque el ser Madre de Dios era cosa muy excelente, había de tener anejos grandes trabajos, y era bien que la Virgen aceptase de su voluntad la dignidad con la carga, para que mereciese más y se le hiciera más suave y llevadera; así como tampoco quiere entrar á morar por la gracia en los hombres, ni levantarlos á la dignidad de hijos de Dios, sin su libre consentimiento, cuando tienen uso de razón. Reflexiona cómo Dios nuestro Señor te envía también invisiblemente muchas embajadas con sus inspiraciones,

<sup>1</sup> Psalm. cii, 20. — <sup>2</sup> Joan., 1, 46.

las cuales, según san Buenaventura, son como nuncios y mensajeros invisibles de Dios, y por ellos te habla y descubre su voluntad, y solicita á que le des entrada en tu alma, y á que te ocupes siempre en cosas de su servicio. Y así, en sintiendo dentro de ti estas inspiraciones, las debes venerar como embajadores de Dios, y darle muchas gracias porque se digna hablarte por ellas, consintiendo luego á lo que te pida. ¡Oh Padre amorosísimo, que solicitáis mi consentimiento con tanto amor y cuidado, como si os importara á Vos lo que me importa á mí! Inspiradme lo que quisieréis, que aparejado estoy á consentir con cuanto me inspirareis. ¿He endurecido acaso mi corazón á las voces de Dios? ¿He recibido agradecido y obediente sus inspiraciones?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh! ¡Cuán admirable es la bondad y benignidad de Dios, que con ser un Señor de infinita majestad, y no necesitando para nada de sus criaturas, se digna hablarles! Sí, Dios te habla, ya por sí mismo, ya por ministerio de sus ángeles. ¿Qué caso haces de sus palabras? Si un personaje distinguido se digna hablarte, ya te consideras honrado, y escuchas dócilmente lo que te dice. Dios te habla, ¿y no le escuchas? Para anunciar á María el misterio de la encarnación y obtener su consentimiento para ser Madre de Dios, es enviado el arcángel san Gabriel, *la fortaleza de Dios*. Grande fortaleza exigía la realización de la obra anunciada; por esto dijo María: «Hizo un esfuerzo en su brazo»; no menor la exigían las obras que el Verbo encarnado debía ejecutar; y no pequeña debe ser la de los que son enviados por Dios para tomar parte en la obra de la redención. ¿Cómo te encuentras en orden á esta virtud? ¿Sabes dominar la audacia, reprimir los ímpetus de tu carácter y vencer los temores exagerados que te impiden el cumplimiento de la voluntad de Dios? Felicita á María por la dicha inefable que ha tenido, recibiendo al mismo embajador de Dios; alégrate del honor tan sublime que le hacen, escogiéndola para dignidad tan elevada como es ser Madre de Dios. Mira tú si la veneras, honras y obedeces del modo que exige tal dignidad. Haz propósitos firmes y eficaces de ordenar tu vida según exige esta doctrina. Pide fervorosamente los auxilios que necesites para cumplirlos, y no olvides las muchas y graves necesidades que tienes encomendadas.

<sup>1</sup> Luc., 1, 51.